

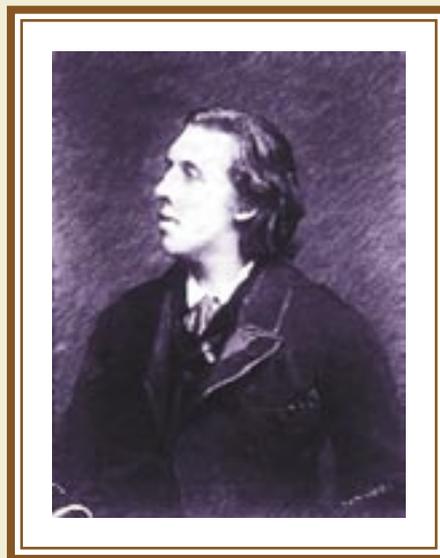
El retrato de Óscar Wilde

Autora: Lic. Ángeles Santiago Méndez

En este mes se cumplen 104 años de la muerte de Óscar Wilde, el novelista, cuentista, poeta y autor teatral de origen irlandés que desafió a su tiempo en más de un sentido. Wilde, cuyo nombre completo era Óscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde, nació el 16 de octubre de 1854 en Dublín. Fue hijo de William Wilde, padre de la otología moderna, y de lady Francesca Jane Elgee, quien escribía artículos políticos bajo el seudónimo de Speranza.

Óscar Wilde estuvo en los mejores colegios de Dublín y más tarde concluyó sus estudios universitarios en Oxford. Mucho antes de darse a conocer como escritor había alcanzado una gran notoriedad. En plena juventud llamaba la atención por su personalidad refinada, sus tendencias socialistas, su conversación brillante y agresiva y su agilidad intelectual, con la cual desconcertaba e incluso ridiculizaba a quienes lo rodeaban.

Desde su época de universitario, Wilde gustaba del pelo largo, de capas y sombreros que lo hacían lucir extravagante. En la solapa de su levita solía llevar claveles, y le gustaba pasear portando girasoles en la mano. Procuraba que su lujosa imagen asombrara, divirtiera o irritara a los conservadores, haciendo de su propia vida el cumplimiento de sus postulados del arte por el arte, convirtiéndose en un apóstol del esteticismo.



Cuentan algunas biografías que los compañeros de Óscar Wilde en Oxford lo llevaron a la fuerza a un promontorio silvestre para propinarle una dura golpiza. No soportaban sus brillantes negaciones de los cánones vigentes de la época ni sus audaces réplicas que provocaban hasta la histeria. Era la impotencia ante la inteligencia de un hombre al que muchos envidiaron desde muy joven. Una vez clausurado el acto vengativo de la inferioridad de los estudiantes, Wilde se puso de pie, sacudió su traje, arregló la orquídea del ojal y, sangrando por la nariz, exclamó: "¡desde luego es maravilloso el paisaje desde esta colina!". Los golpes no ➔

lograron acallar al genio, notablemente amanerado, de Dublín.

En 1878 Óscar ganó el premio Newdigate gracias a "Ravenna", un poema tan largo como bueno. Su estilo de vida bohemio no tardó en generar habladurías y críticas en un medio tan conservador como el de Oxford. Su apariencia y comportamiento no gustaban a las poco tolerantes autoridades de la universidad, para las cuales Wilde resultaba un revolucionario en potencia. No faltaron los que aprovecharon su actitud para ridiculizarlo en un pasquín plagado de sátiras, así como en una ópera cómica llamada *Paciencia*, obra de Gilbert y Sullivan. Estos desagradables tropiezos no



fueron un obstáculo para que se titulara con honores a los 24 años de edad.

Pese a la polémica que suscitaba, Wilde no paró de ganar admiradores entre quienes se sentían identificados con su estilo rebelde. En 1881 publicó su primer libro, *Poemas*, y un año después se estrenó *Vera o los nihilistas*, una obra con la que debutó en el mundo del teatro. La primera representación tuvo lugar en Nueva York, durante una gira por Estados Unidos, donde dictó una larga serie de conferencias en las que el tema principal fue la filosofía estética. De vuelta en Inglaterra, radicó en Londres y contrajo matrimonio

con Constance Lloyd, irlandesa poseedora de una enorme fortuna. Con Constance procreó dos hijos y simultáneamente encontró la tranquilidad suficiente como para dedicarse a lo que verdaderamente le apasionaba: escribir. Al cabo de poco tiempo ya se había convertido en una celebridad admirada, a veces ocultamente, por la intelectualidad de esa Inglaterra victoriana y tan conservadora en la que todo desvío de lo aceptado como normal era visto con malos ojos.

A sus hijos, Cyril y Vyvyan, dedicó dos de los primeros textos que escribió: *El príncipe feliz* y *La casa de las granadas*. Su ingenio también se dejó sentir con fuerza en el mundo del teatro. *La duquesa de Padua*, *Salomé*, *Una mujer sin importancia*, *Un marido ideal* y *La importancia de llamarse Ernesto* destacan entre sus obras escénicas. En el género novelístico llamó la atención con su único libro, *El retrato de Dorian Gray*, en el que dejó el doble sello de su biografía y de la sociedad en que vivió. Con gran belleza literaria y sofisticación hurgó en los recovecos de la conciencia y en el complejo de culpabilidad, en la lujuria y la sordidez. Todo el siglo XIX quedó plasmado en esa novela.

En 1891 Óscar Wilde conoció a lord Alfred Douglas, joven con quien estableció una relación intelectual y amorosa. Con él llevó una vida extravagante, problemática y caprichosa, la cual también lo inspiró, o cuando menos coincidió con la producción de su memorable comedia *El abanico de lady Windermere*. En la cúspide de su vida, las obras de Óscar se representaban en tres teatros londinenses simultáneamente, las editoriales se disputaban los derechos, aguardaban sus obras; las fiestas reclamaban su presencia, en los diarios no faltaban las notas y crónicas de las representaciones y de sus apariciones en público. Todo el mundo lo aclamaba mientras sordos rumores sobre su homosexualidad o bisexualidad lo rondaban.

Talentoso, pleno de ingenio y humor, Wilde era un autor de teatro y poesía admirado y exitoso, pero para la rígida sociedad victoriana su personalidad diferente resultaba provocadora. En 1895 los árbitros de la moral encontraron la oportunidad de humillarlo a través de un juicio escandaloso. A mediados de febrero, el marqués

de Queensberry dejó en un exclusivo club de Londres una tarjeta donde acusaba a Wilde de sodomía porque mantenía una relación sentimental con su hijo, Alfred Douglas. Aconsejado por Douglas, el escritor presentó una demanda contra el marqués. No obstante, su osadía se revirtió contra él como un bumerán.

La defensa de Queensberry llevó adelante una contra demanda y se inició un proceso destinado a ser un castigo ejemplar: Óscar Wilde no advirtió la trampa que le había tendido su amante y desplegó ante el tribunal un discurso sutil e ingenioso que no le sirvió de nada. El 5 de abril de 1895 el gran escritor irlandés fue arrestado por actos de indecencia y comenzó el martirio que acabó por destruirlo. El jurado culpó de sodomía a Óscar Wilde; sus amigos le recomendaron huir, pero él desestimó el consejo y fue condenado a dos años de trabajos forzados. En la cárcel de Reading se le impidió comunicarse con el mundo exterior durante los primeros tres meses y en el resto de su condena padeció durísimas condiciones.

En prisión escribió su emotiva, bella y pasmosa epístola a Alfred Douglas, conocida como *De profundis*.

Todo el conservadurismo británico se tornó contra Wilde, los diarios obtuvieron grandes ganancias haciendo escarnio de su desgracia, mientras el tradicionalismo y el vulgo lo festejaban. Sus obras y representaciones se prohibieron, perdió su casa y su patrimonio, su esposa e hijos tuvieron que salir del país hacia Italia, cambiándose el apellido por el de Holland. La cárcel destruyó al dandy, al escritor, al padre de familia, al filósofo, al amante. Su tragedia no pudo ser mayor cuando su madre murió estando él cautivo. Desde la cumbre más luminosa descendió al abismo más lóbrego. Cuando salió de la prisión estaba en la

ruina. Lo primero que hizo fue buscar a su antiguo amante, precisamente quien de alguna manera fue el principal instrumento de su desgracia. Alfred Douglas hizo caso omiso de las súplicas de Wilde.

Para Óscar Wilde, Inglaterra era el símbolo de la desdicha y la infelicidad, por lo que prefirió trasladarse a París. Se quedó en esa ciudad bajo el amparo de un nombre falso, Sebastián Melmoth. Tuvo entonces el tiempo suficiente como para escribir una obra en la que hablaba de su triste experiencia en prisión, *La balada de la cárcel de Reading* (1898), un alegato feroz en contra de las terribles condiciones en que se desenvolvía el cautiverio de unos presos sometidos a un sistema altamente represivo y poco respetuoso de los derechos humanos. Wilde permaneció en la capital gala hasta morir de una meningitis, sumido en

la ignominia y en la más absoluta pobreza, justo con el advenimiento de un nuevo siglo que traía aires de esperanza y mayor tolerancia.

En la vida y obra de Óscar Wilde hay dos pecados y una virtud: su homosexualidad y sus ideas socialistas, junto a su capacidad para soñar, para diseñar utopías. En su lucha contra la maquinaria victoriana, un hombre como Wilde se arriesgó, pero lo perdió

todo. Sólo el arte lo salvó del olvido irreparable que trae consigo el ostracismo cultural a que se ven sometidos los artistas e intelectuales que osan enfrentar al autoritarismo. Jugó a los amores prohibidos nada menos que con un lord, poniendo todo el corazón, y lo castigaron al infierno llamado Reading. Era otro tiempo, más difícil que el actual para los auténticos espíritus libres. Su rebeldía quiso imponerse a reglas y convenciones, fracasando temporalmente en la batalla, pero dejando las huellas mágicas de su signo y su palabra. **DOLOR**

“Los libros que el mundo llama inmorales son los que muestran su propia vergüenza”.

Óscar Wilde